El coleccionista

Arrimaos más a la hoguera. Os voy a contar una historia. En un reino extremadamente lejano para que lo podamos ubicar, en una época tan oscura y olvidada que nos es imposible situarla en un tiempo determinado, vivía un hombre cuyo único objetivo en la vida era capturar y destilar las almas de los que, golpeados por la vida y las circunstancias, deambulaban por la tierra perdidos y sin apenas un hálito de vida.

Su única obsesión era crear entes con los trozos de estas pobres almas rotas y usarlos para insuflar vida a los objetos más variopintos. Con el correr de los años, había conseguido tener una vajilla china, tazas, sillas, mesas, ollas, hachas y hasta escobas. Todos estos nuevos seres le obedecían ciegamente.

Esta extraña empresa, lejos de satisfacerle, le era ya aburrida y tediosa. A pesar de la gran pericia que demostraba al extraer las almas de estos muertos en vida, conservarlas en recipientes herméticos y fusionarlas, no había conseguido «la única y definitiva gesta alquímica que valía la pena conseguir», su *Opus magnum* por el que la historia le recordaría. Esta gran obra consistía en crear el alma perfecta que diera vida a un ser divino.

—Aquí estoy, en este sucio salón lleno de cachivaches que se mueven dóciles a mis pies, libros arcanos, vidrio y latón, alcohol y mercurio. ¿De qué me sirve haber llegado hasta este punto, si no soy capaz de ir más allá de lo inanimado, de lo material caduco por el paso inexorable del tiempo? —esto y otras cosas iba diciendo en voz alta aquel anciano amargado, mientras alzaba la vista de un viejo manuscrito caldeo y miraba a su alrededor desde un balancín que se mecía al compás de su respiración.

Antaño había llegado a postularse como pretendiente a la silla de gran maestre. Cuando la fortuna le sonreía, cuando nos sonreía a todos, fue consejero de reyes, astrólogo reputado y uno de los cinco ungidores de éter del reino. Ahora todos le repudiaban. Dicen las malas lenguas que por coquetear con las artes oscuras. Nunca os fieis de las tazas de porcelana. No saben guardar un secreto.

—Conozco todos los engranajes de tu ser, cada rincón, espacio interno de donde surge la respiración débil de tu alma peregrina. Yo te creé —le decía a una alfombra persa que pasaba por allí—. ¿Pero para qué? —se lamentaba amargamente mirando al techo.

Los seres objetos lo miraban entre asustados y curiosos. Un soberbio busto de Zeus, padre de los dioses, levantó una ceja con escepticismo al oír aquellas palabras.

—Mi señor —empezó a decir—, en vano buscáis la manera de burlar a los

astros y a la madre naturaleza. No es posible que un ser mortal cree un ser celestial de la nada —aleccionó paternalista el padre de los dioses.

—¡Tú te callas, trozo de piedra! Además, ¿quién te ha dado vela en este entierro? —le respondió enfadado, a la vez que se levantaba con dificultad de la mecedora y dejaba caer al suelo el antiguo libro de encantamientos.

—Nadie, mi amo. Solo le hago saber que una vida se puede malograr por una obsesión insana y que el destino del hombre es volver al caldo primigenio una vez transcurrido su ciclo vital.

Después de decir esto, y conocedor del mal genio que gastaba su señor, optó por guardar silencio. En la casa aún se recuerda cómo acabó la lenguaraz estatua de Aruru, diosa de la naturaleza.

Cansado de perder el tiempo en lamentaciones, el alquimista se acercó a una enorme mesa de madera maciza y buscó en los cajones los útiles necesarios para ir a por nuevas almas descarriadas, y, de paso, distraer su espíritu atormentado. Metió todos los bártulos en su maletín, se acomodó la capa, fue hacia la puerta de salida, no sin antes mirar con desaprobación todo a su alrededor. Dio un portazo al salir.

—Señor Dippel, sale usted muy pronto. ¿Ya le ha echado el ojo a algún infeliz? —le abordó con insidia una vieja alcahueta en la calle.

Un rostro arrugado como una pasa le escrutaba burlona desde abajo. De hecho, era la única persona en el reino que era capaz de sostenerle la mirada sin apartarla. Había cierto tono de sorna en la voz de la anciana, que surgía de una boca grotesca, desprovista de la mayoría de los dientes.

El alquimista miró a la anciana de arriba abajo con desprecio. Ni siquiera se dignó a darle la réplica. Nuestro señor siguió su renqueante caminar calle abajo, perdiéndose entre las callejuelas que llevaban hacia los suburbios y la periferia de la gran urbe. Lugares propicios para encontrar lo que buscaba.

La noche se cernía sobre los viejos edificios. Le faltaba poco para volver a lo que consideraba su destierro. Tuvo la extraña sensación de que alguien le seguía. No había visto a nadie, pero desde que se había marchado de los suburbios sentía una presencia muy cerca de él. Con los sentidos alerta, escrutaba con el rabillo del ojo todos los rincones oscuros por los que pasaba, con una mano bajo la capa, asida a un pequeño puñal de empuñadura de plata, cuya hoja era capaz de atravesar cualquier tipo de defensa o armadura. A pesar de sus esfuerzos, no consiguió identificar a la sombra que lo seguía. O era muy buena en su oficio, o directamente no existía y, por tanto, nadie le estaba siguiendo.

Con esa incertidumbre en la cabeza llegó hasta la puerta. Antes de abrirla

contuvo la respiración y miró a ambos lados por si el extraño se delataba. Pero no hubo suerte, así que decidió entrar sin miramientos ya que, aunque no lo aparentaba, estaba cansado y tenía ganas de tumbarse en la cama.

—Mi señor Dippel, llega usted muy tarde. ¿No ha tenido suerte esta noche? No me diga que no ha encontrado ninguna alma dispuesta para la partida.

La alcahueta de la esquina había aparecido de la nada y se le había interpuesto entre la cerradura y la llave que tenía en la mano.

El alquimista dio un pequeño respingo, pero se mantuvo sereno y simuló que no le habían asustado ni la aparición de la anciana ni sus habituales impertinencias.

—Váyase usted al diablo. Y déjeme en paz, vieja loca —le contestó con rabia apenas contenida y le cerró la puerta en la cara de un portazo.

Todavía se escuchaban las risotadas de la vieja en la calle, cuando abrió el maletín y extrajo el frasco con el alma que había transferido. Lo depositó con cuidado sobre una estantería, apuntó un número sobre un papel encolado y lo pegó sobre la superficie del vidrio. Solo podemos decir, pues desde donde estamos no se veía, que el número superaba los dos dígitos. A continuación, sacó el resto de los artefactos y los depositó sobre la mesa del estudio.

Una vez vaciado el maletín, fue directamente a la despensa y se hizo con un poco de queso, unas uvas y un vino peleón. Se sentó frente a una destartalada mesa en la cocina y empezó a comer y a beber. Pronto el vino y el cansancio le sumieron en un estado de sopor plácido que le hizo dar cabezadas. Todo en la casa estaba durmiendo, en silencio.

Llamaron a la puerta.

Al principio unos golpes suaves, casi tímidos, después algo más enérgicos y fuertes. Dippel se despertó asustado, nos agarró con furia y se fue hacia la puerta. Pobre del desdichado que había osado perturbar la paz de su sueño.

Le pasó por la cabeza que la vieja loca se había vuelto tan impertinente como para llamar a su puerta. Se ve que no tenía bastante con importunarle con sus fastidiosos comentarios en medio de la calle, que se había propuesto hacerlo en su propio domicilio. Abrió con violencia.

—¡Cómo se atreve, vieja loca, chiflada! —empezó a decir fuera de sí, algo que no era muy habitual en nuestro señor. Cuando esto ocurre todos esperamos lo peor.

—Buenas noches, maese Dippel —dijo una voz firme y respetuosa—. Perdone por la hora tan intempestiva. Espero no molestarle. Pero es urgente.

Una mujer vestida con una túnica gris, pequeña y enjuta le hablaba desde el

dintel de la puerta. Llevaba el cabello y el rostro ocultos bajo un velo oscuro, por lo que no se podía saber ni su edad ni sus rasgos con exactitud. Aunque por la voz, podríamos decir que se trataba de una mujer de mediana edad y, por el ademán sumiso y el gris de los ropajes, creímos que se trataba de una sirvienta.

Los motivos que la habían llevado hasta allí eran todo un misterio, tal vez la habían enviado para contratar los servicios del alquimista. Eso aún no lo sabíamos, lo que sí sabíamos era que nadie envía a una sirvienta al otro lado de la ciudad para que le hagan una carta astral.

—Buenas noches —le respondió seco mi señor, una vez repuesto de la sorpresa inicial—. Como bien ha dicho usted, no son horas de andar molestando a la gente. Es tarde. Soy una persona muy ocupada —acabó de decir cortante, aunque el brillo de sus ojos nos reveló que sentía curiosidad. La calidad de la túnica, el velo y las piedras de la pulsera indicaban que aquella sirvienta pertenecía a una de las casas más poderosas de la ciudad, y por ende del reino.

La mujer no se dejó intimidar por la hostilidad y la mala educación del alquimista. Al contrario, varió el peso del cuerpo hacia la otra pierna, introdujo las manos en las mangas anchas de su túnica y de una de ellas sacó una misiva cerrada con un sello lacrado. Dicho sello representaba un dibujo en relieve, un pequeño colibrí en pleno vuelo.

El anciano miró primero la mano de la sirvienta, después la carta que sostenía y finalmente el dibujo del sello. Acto seguido agachó la cabeza y dejó entrar a la mujer.

—¿En qué puedo ayudar a mi señora? —A todos nos sorprendió la actitud servil de nuestro señor. No era nada habitual en él.

La sirvienta le miró a la cara sin mostrar ningún tipo de emoción.

—Lea la carta de mi señora y lo sabrá.

Dippel abrió con cuidado la misiva, se acercó a la chimenea para poder ver mejor —no hacemos milagros— y empezó a leer. Sus ojos seguían los trazos finos de una letra pequeña y redondeada en los extremos, perfecta y hermosa, como la mano que la había escrito, pensó. De vez en cuando, se detenía y volvía hacia atrás para releer algún párrafo.

Cuando hubo acabado, tiró la carta a la chimenea y esperó a que el fuego la consumiera por completo. Para cerciorarse de que no quedaba ningún trozo por destruir, removió las cenizas a conciencia.

—Dígale a su señora que mañana ahí estaré.

Con esta escueta respuesta, la sirvienta dio por finalizada la misión y se dio media vuelta. Salió de la casa sin hacer ruido.

Durante unos instantes, el alquimista miró la puerta cerrada, sopesando qué hacer. Estaba claro que ya no podría dormir esa noche, y menos después de haber leído el mensaje. Así que decidió trabajar un poco con la última alma rota que había conseguido.

Se fue hacia el estudio, cogió con cuidado el frasco que había guardado horas antes y se lo llevó a su pequeño laboratorio, un cuarto escondido en el hueco de la escalera que daba a las habitaciones del primer piso. Se accedía al presionar suavemente uno de los rayos de un pequeño sol en relieve, el cual estaba situado en una de las esquinas de la pared de madera.

Una lámpara de aceite que siempre permanecía encendida le saludó aumentando la intensidad de su luz. Depositó el recipiente de vidrio sobre una mesa redonda decorada con el dibujo de un arqueómetro y se acercó a una estantería que cubría toda una pared de la estancia. Buscó un objeto en concreto entre cientos.

Cuando lo encontró, lo llevó hasta la mesa. Se trataba de una especie de alambique pequeño de cobre en el que se habían tallado extraños símbolos que representaban los cinco pilares de la alquimia: agua, fuego, tierra, aire y éter.

—Muy bien, mi alma atormentada, vamos a ver qué puedes ofrecerme —dijo mi señor al frasco de cristal enturbiado.

Abrió el capitel del alambique e introdujo el alma que estaba depositada en la botellita de vidrio y, al otro extremo del cuello de cisne, colocó el recolector. Una vez obtenida la esencia de alma, el alquimista eligió un receptáculo donde decantarla, una capa gris. Esta reposaba sobre una silla cercana, lista para cobrar vida.

Solo os diré que, cuando se vierte la esencia destilada sobre el objeto, se produce una especie de compensación en la corriente suprema; es decir, hay que pagar una deuda al *Alma mater*. El alquimista ve disminuir su esperanza de vida. Cuanto mayor es la complejidad estructural del receptor de la esencia de alma, mayor es el desgaste que sufre el cuerpo del conjurador.

Volvamos otra vez a maese Dippel y su capa que, como iba diciendo, esperaba a que se le otorgara vida. Nuestro señor cogió el recolector del alambique y vertió el contenido directamente sobre la capa a la vez que recitaba un extraño encantamiento. Una vez terminado el ritual, guardó unos minutos de silencio a la espera de que se produjera la transmigración.

No tuvo que esperar mucho, la capa empezó a oscilar como si una corriente de aire la estuviera moviendo, se elevó en el aire y se quedó suspendida frente a nuestro amo a la espera de instrucciones.

Listo. Otro pequeño éxito para el alquimista, quien, como solía ocurrir habitualmente en los últimos tiempos, lo recibió con total indiferencia. Se limitó a mirarla de arriba abajo, con ojos críticos, desapasionados, y le ordenó que se posara sobre los hombros. Esta obedeció dócil y se ciñó sobre la espalda de su nuevo amo.

El sol ya había recorrido buena parte de su camino en el cielo cuando nuestro señor salió. Tenía una cita a la que ni podía ni quería faltar. Y como venía siendo habitual en los últimos meses, se encontró de bruces con la desagradable vieja mendiga que, como os hemos contado, no paraba de importunarle y parecía que estaba siempre al acecho, controlando sus salidas y venidas. Más de una vez creímos que era una especie de agente de la corte cuya misión era vigilar al díscolo alquimista.

—Mi señor Dippel, ¿otra salida? Ya van dos seguidas esta semana. Aunque quizás esta tiene algo de especial —le dijo la vieja con picardía y le guiñó un ojo.

Como casi siempre el alquimista no se dignó a responder, pero la coletilla de la alcahueta le hizo detenerse un instante y mirar a la anciana a los ojos.

—¿Algo especial? —la interrogó en voz alta.

Pero desechó la idea y continuó calle abajo sin volver la vista atrás. Tenía un largo camino hasta llegar a su destino, no había tiempo que perder con teorías absurdas. Aceleró el paso para no tener que oírla más.

Menos mal que, aunque no tenemos lo que se dice oídos, somos capaces de percibir hasta los sonidos más débiles y lejanos. Así que oímos a la anciana antes de perdernos por las laberínticas calles:

—Ay, mi pequeño aprendiz, lo que llevas buscando hace tanto tiempo no lo encontrarás ahí fuera. Solo ella te lo podrá mostrar. ¿Sabrás verlo, hijo mío? Tú también estás roto.

Nuestro alquimista llegó a su destino por la noche. Una mansión de estilo gótico rodeada por un majestuoso jardín enrejado, por el cual transcurría un camino pavimentado e iluminado por teas clavadas en la tierra. Este sendero desembocaba en una plaza dominada por una fuente de piedra situada justo enfrente de la entrada principal de la casa. El alquimista, bajo el resguardo de la oscuridad, dio la vuelta al imponente edificio y se coló por una puerta trasera destinada al servicio, convenientemente entreabierta para que pudiera pasar sin ser visto ni oído.

Una vez dentro, caminó por un pasillo estrecho y largo hasta llegar a otra

puerta, la abrió sin dificultad y aparecieron ante él unas escaleras empinadas. Estábamos en el ala destinada a los mayordomos, y el amo subía en directo a las alcobas y dormitorios de los señores de la casa.

Todo seguía en el mismo lugar: los cuadros de la pared jalonando la ascensión, los jarrones de porcelana de cada rellano, el peldaño desconchado y el olor a vainilla y jazmín. «Sus flores preferidas».

Lo único que había cambiado era él, se sentía más viejo. Es por ello que tardó en subir, o tal vez fue por la emoción de la nostalgia, nunca lo sabremos. De todas formas, se acabaron las escaleras y nuestro señor se plantó ante una nueva puerta, esta vez metalizada y completamente lisa salvo por una pequeña cerradura casi imperceptible. Sacó una llave igualmente pequeña de uno de los múltiples bolsillos de la chaqueta, la introdujo en la diminuta cerradura y la pesada puerta se abrió hacia adentro de forma automática.

Dio un paso hacia adelante sobre un suelo enmoquetado, giró a la derecha y continuó por una galería ancha que, a diferencia del pasillo y escaleras del servicio, permanecía en penumbras, así que tuvimos que ir con cuidado de no tropezar. Nos guiábamos por una luz que nos hacía de faro y que salía de una puerta situada al final del pasillo. Puerta donde, sin lugar a dudas, nos aguardaba nuestro destino.

Al llegar, el alquimista se paró frente a la fuente de la luz y permaneció inmóvil durante un buen rato. Parecía indeciso, algo raro en él. Creo que era la primera vez en nuestra vida que lo veíamos dudar. Todo parecía indicar que éramos testigos de una auténtica batalla interior.

Cogió aire profundamente y llamó a la puerta con un golpe firme pero suave mientras exhalaba. La respuesta no tardó en llegar, se oyó desde el interior de la habitación el ruido de alguien que se acercaba. La puerta se abrió despacio y apareció la sirvienta de túnica gris de la noche anterior. No nos habíamos equivocado, era una mujer de unos treinta años, de cara ancha y redonda, tenía el pelo largo, aunque recogido, y una mirada penetrante, de las que se te meten dentro.

—Maese Dippel, llega usted puntual —dijo la sirvienta y abrió del todo la puerta para dejarle pasar.

Esta vez actuó sin dudar y entró decidido a lo que parecía ser un dormitorio. Un fuerte y familiar olor le golpeó las fosas nasales, lo reconoció al instante: vino blanco, azafrán, clavo, canela... era el olor de la tintura de opio azafranada, el olor de los que quieren dar la espalda a la cruda realidad.

Se le formó un nudo en el estómago y sintió náuseas. Miró nervioso a la

sirvienta en busca de una explicación, pero esta tenía agachada la cabeza y miraba el suelo.

Nuestro señor interpretó aquel silencio como la confirmación de sus sospechas y empezó a observar la habitación. Estaba iluminada por un candelabro situado en una cómoda, junto a una cama enorme con dosel. El orden y la sencillez imperaban en el espacio, había un biombo en una esquina, un armario lacado en blanco al otro lado y un sillón tapizado de color marrón a los pies del imponente lecho, donde descansaba un vestido sobre la colcha. Y en el interior se intuía la figura de alguien que parecía dormir profundamente.

—Tú, que sigues el Sol con la mirada y señalas los agujeros de la Luna con el dedo, sabrás responderme a esta pregunta: ¿por qué mis noches son tan oscuras, si hay tantas estrellas en el cielo? —recitó lentamente una voz de mujer desde la atalaya acolchada.

Las facciones de nuestro alquimista se suavizaron y, por un instante, una sonrisa fugaz se dibujó en su rostro; pero duró muy poco, lo que tardó en girar la cabeza hacia el lugar donde habían sido pronunciadas estas palabras.

—Mi señora, veo que todavía se acuerda del poema que le dediqué hace años —respondió respetuosamente el alquimista y se acercó despacio hasta detenerse al borde de la cama.

Aunque estaba acostumbrado a ver los efectos del *abandono*, lo que vio le produjo tal impresión que tuvo que desviar la mirada hacia otro lado. La dulce y admirada Sofía Leukós, la dama que a todos enamoró por su inteligencia y belleza, por su vitalidad y alegría, se había convertido en un ser que languidecía entre los pliegues de unas sábanas. Una criatura carente de luz, de pómulos hundidos y cabellos ralos. La que fuera en su juventud la mujer de su vida, por la que habría renunciado a todo si se lo hubiera pedido, incluso a su ciencia, se marchitaba como una flor separada violentamente del tallo.

—Hola, mi querido y fiel Dippel. ¿Por qué no me miras? ¿Tan mal estoy? Yo te veo bien, algo arrugado tal vez —sonrió levemente y suavizó la voz—. La vida no ha sido fácil para ti fuera de la corte y de los círculos de poder, pero aun así has sabido apañártelas bastante bien.

—Sí, no me ha ido mal —dijo tajante.

—No te he perdido la pista, amigo mío. Sé a qué te dedicas y lo que haces —hizo una pequeña pausa antes de continuar, le costaba hablar—. Por eso mismo te he hecho venir. Me imagino que sabes lo que te pido.

Nuestro señor volvió la vista hacia ella e intentó hallar en sus ojos vidriosos un atisbo de la energía de antaño. No lo encontró. Sabía por experiencia lo que

significaba eso, no le quedaba mucho tiempo antes de que se convirtiera en un ser vacío, sin voluntad, un cuerpo vencido por los instintos más bajos y primarios. Imaginarse a Sofía en tales condiciones le resultaba más que perturbador.

No sabemos si fue por eso o porque la situación empezaba a resultarle algo vulgar, pero de pronto el armazón apareció de nuevo y el huraño hizo acto de presencia.

—Sé perfectamente lo que me está pidiendo, señora —respondió cortante. Volvía a ser el mismo de siempre—. Lo que no entiendo es por qué me lo está pidiendo a mí. Estoy seguro de que en el Gremio hay mejores candidatos que yo —mintió el alquimista.

Una pequeña chispa de vida se vislumbró en los ojos casi apagados de Sofía.

—Sabes perfectamente que eso no es cierto, amigo mío —le regañó con afecto —. No es propia de ti esta falsa modestia.

—No es modestia, mi señora, es prudencia. La razón por la que no me ha ido tan mal, como usted dice —dijo con sarcasmo—, es precisamente porque soy precavido y no me expongo a miradas indiscretas.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la convaleciente, sus pupilas se abrieron y un reguero de baba cayó de su boca entreabierta. Los efectos de la desconexión ya se dejaban notar, pronto perdería la capacidad del habla, más tarde el raciocinio y por último el control del aparato motor.

El alquimista sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón, se acercó hasta la cabecera de la cama y le limpió la saliva de la comisura de los labios. Una vez hubo secado tanto la boca como la almohada, tiró el pañuelo al suelo y de una patada lo mandó bajo la cama.

Este gesto no pasó desapercibido para la sirvienta quien puso una cara de desaprobación.

—Mi querido amigo —consiguió decir Sofía cuando se hubo recuperado del ataque—, esa precaución tuya es la que más necesito ahora. Lo que te voy a pedir es peligroso y está terminantemente prohibido —tomó aliento con dificultad—. Requiere burlar esas miradas indiscretas.

—No acabo de entender.

—Maese Dippel, no quiero vivir, de ninguna de las maneras, de ninguna de las formas. —La desesperación le daba fuerzas donde no había—. No quiero sentir, ni pensar. Quiero ser una piedra, un madero insensible, un trozo de metal, un muelle tirado en el suelo. Y sabes tan bien como yo que el Consejo no permitirá que una noble de mi posición se desmorone como le pasa a la plebe. Me obligarán a unirme al flujo, a reconectarme con la corriente. No tengo mucho tiempo, ya has visto lo

avanzado de mi estado, pronto enviarán a uno de sus alquimistas para que me reponga.

—¿Por qué querrías hacer esa tontería? —preguntó secamente.

—¿Por qué quiero desaparecer? Porque la vida sin ellos no tiene ningún sentido —respondió con un gemido de dolor.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? —inquirió intrigado.

—Ellos lo eran todo, Dippel. Mi hija y mi marido. La muerte me los arrancó de los brazos. Parece como si jamás hubieran existido.

Entre jadeos desesperados, Sofía empezó a llorar.

—No hay paz para quien lo ha perdido todo...

Nuestro señor no dijo nada, se limitó a observarla mientras la dama se deshacía entre el sufrimiento y el abandono.

—No sabía que te hubieras casado —murmuró y se apartó de la cama.

Empezó a deambular por el espacio casi desnudo de la habitación hasta llegar a la otra punta.

Tras unos minutos de vacilación, se dejó caer pesadamente sobre el único sillón que había en el dormitorio. Parecía cansado. No paraba de frotarse las sienes con los pulgares de las manos. Reflexionaba sobre cuál debería ser su respuesta a la peligrosa petición de aquella noble que estaba en el lecho frente a él.

Lo que le pedía, en términos alquímicos, no era tarea fácil, pues se trataba de una noble de pura raza, no una simple mujer vulgar. Separarla del flujo vital requeriría de un gran poder y fuerza de voluntad. Además, estaba prohibido bajo pena de muerte. Honestamente, creo que ninguna de las dos dificultades le preocupaban en exceso; lo que le mantenían indeciso eran otras cosas.

Intuimos que la primera era una mezcla entre celos y desilusión, sentimientos extrañamente humanos en el coráceo alquimista —y a mi parecer algo pueriles—. No acababa de digerir que el único amor de su vida se hubiera casado y hubiera tenido una hija con otro hombre. La segunda seguro que tenía que ver con su *Opus magnum*.

Como si quisiera revelarnos sus oscuras intenciones, el amo nos quitó de la nariz y limpió los cristales. Fue ahí cuando vimos reflejados en sus ojos un regocijo casi salvaje.

—Lo haré —dijo al fin el alquimista y se levantó del sillón.

—Gracias, amigo mío —se oyó una voz en la lejanía—. No estaba segura de que aceptaras, no he sido una buena amiga. Debí hacer más cuando te expulsaron de la corte y del Gremio.

—¡No! —le interrumpió alzando la voz—. Hiciste bien, Sofía —le tuteó con suavidad—. Tu posición se hubiera visto comprometida. Además, me ayudaste, si no hubieras intercedido por mí en el Consejo, me hubieran expulsado del reino. Solo tengo palabras de agradecimiento. —A pesar de todo lo dicho, el timbre de su voz denotaba resentimiento.

Aunque debilitada mental y físicamente, Sofía se dio cuenta de la dureza con que le agradecía su ayuda.

—Veo que todavía no me has perdonado —se quejó casi sin fuerzas.

—¿El qué?, no tengo nada que perdonarte. No me elegiste y ya está. Al fin de cuentas mi familia no era rica ni tan noble como la tuya. Me hiciste un favor. Gracias a tu decisión, tomé los hábitos del Gremio —dijo con orgullo.

—Éramos muy jóvenes —se excusó la dama.

—Ya —confirmó con ironía.

Los dos permanecieron callados unos minutos hasta que mi señor se decidió a hablar:

—Tengo que volver a mi laboratorio para recoger un par de cosas. Y tengo que ir solo —dijo rápidamente para adelantarse al ofrecimiento que salía de los labios de la sirvienta.

—De acuerdo, Dippel, como quieras. Pero no tardes mucho —respondió la dama, preocupada.

El alquimista salió de la habitación sin apenas despedirse. Pero en vez de tomar la puerta metálica que le hubiera llevado a la escalera del servicio, giró por una bifurcación y se encaminó hacia lo que parecía un callejón sin salida.

Había una pared lisa frente a nosotros, iluminada escasamente por una antorcha encendida. Nos había mentido a todos. Estaba claro que no había tiempo para ir y volver con lo necesario para el proceso de desconexión.

Empujó con los dedos un extremo de la pared. El mecanismo se accionó con un suave crujido y apareció una entrada. Recorrimos un pasillo angosto y húmedo hasta llegar a otra puerta metálica, como la que nos había dado acceso a las habitaciones de la señora. Puso la palma de la mano izquierda y la puerta se abrió lentamente.

Estábamos dentro de una habitación pequeña y repleta de objetos raros y siniestros. Armarios atestados de libros viejos que llegaban hasta el techo, probetas, pipetas y tubos de ensayo esparcidos por el suelo. Todo estaba cubierto por una pequeña capa de polvo; se notaba que hacía años que nadie entraba allí.

No salíamos de nuestro asombro, era un laboratorio casi idéntico al que tenía al otro lado de la ciudad. Como si lo hiciera a diario, se acercó con decisión a un

armario cerrado con llave y lo abrió con una de sus llaves maestras. Buscó lo que necesitaba: una vela negra, una tiza blanca y un pequeño espejo ovalado no más grande que la palma de una mano —bastante vulgar, todo sea dicho— y un libro de considerable tamaño.

Echó una última mirada a su antiguo laboratorio, quizás con melancolía, cerró la puerta metálica y deshizo sus pasos hasta llegar de nuevo a la habitación de su paciente.

Esta vez no llamó a la puerta, simplemente entró sin avisar. La enjuta sirvienta humedecía la frente de Sofía con una gasa empapada en agua, a la que le apretaba una de sus manos para infundirle ánimo. La entrada destemplada de Dippel no la sorprendió, de hecho, no parecía de las personas que se asustaran fácilmente y eso sacaba de quicio al alquimista, desconfiaba de las personas que no tenían miedo, no eran manipulables.

—Puede dejarnos solos, no la necesito —dijo sin contemplaciones.

La mujer miró a su señora en busca de su aprobación y la encontró en un quejido casi inaudible y un débil: «Gracias, Olivia». La sirvienta obediente se apartó de la cama y, antes de marcharse del dormitorio, miró desafiante a los ojos del alquimista, quien no se inmutó y esperó a que se fuera.

Cuando así lo hizo, cerró con pestillo la puerta y fue hacia la cama. Agarró las sábanas y las tiró al suelo, dejando a la intemperie un cuerpo consumido hasta el raquitismo. Sofía no se quejó, tampoco tenía fuerzas para ello, tan solo temblaba hecha un ovillo.

—Sofía, ¿estás lista? ¿Das tu consentimiento para que inicie el proceso? —preguntó con voz ronca el alquimista—. Necesito tu aprobación para poder realizar la desconexión.

Sofía abrió los ojos y asintió con la cabeza.

—Muy bien. No tardaré mucho, aunque tal vez te duela un poco.

Al escuchar la advertencia, la dama esbozó una sonrisa cargada de melancolía y volvió a asentir, con los ojos cerrados.

Nuestro señor la cogió en volandas como si fuera una pluma y la tumbó en el suelo con cuidado. Parecía que se fuera a romper en mil pedazos. Luego, depositó los objetos del laboratorio de manera ordenada, junto al cuerpo desnudo.

Primero, hizo un círculo alrededor de ella con la tiza blanca, teniendo mucho cuidado de no pisarlo, de esta manera se aseguraba de que el alma no se evaporara en el proceso.

A continuación, encendió la vela, la dejó sobre la cómoda y apagó el candelabro de un soplido; la habitación se iluminó únicamente con una luz violeta

que haría que la densidad del aire aumentara. Si nuestra memoria no nos falla, esta alteración atmosférica ayudaría a sujetar el *éter ánimus* a este plano de realidad. Hay que tener en cuenta que estábamos tratando con un alma noble, que aún no estaba del todo quebrada, «no sería fácil retenerla».

Por último, abrió el gran grimorio en una página titulada *Transmigración de un alma pura*. Puso un dedo de la mano derecha sobre la primera línea de texto, a la vez que cogía el espejo con la mano izquierda. Dirigió el cristal hacia el sujeto. Reinaba un silencio sepulcral en el dormitorio, solo roto por la respiración entrecortada de la pobre desdichada que yacía en el suelo.

—*Ums sunirgre equibu* «En todas partes soy peregrino» —empezó a recitar los versículos del libro, fijando bien el espejo a su destino, con una línea invisible que iba desde este hasta la altura de los ojos de Sofía, que se abrieron de repente, como si siguieran el dictado de un poder superior.

—*Rep em inquit samcral ebur exeamus; rep em deseris merolod huius idnu; rep em te uspi invenies* «A través de mí dejas la morada oscura; a través de mí abandonas el dolor de este mundo; a través de mí te encuentras» —leyó con voz firme.

Sofía se retorció de dolor, todo su cuerpo estaba en tensión: la espalda arqueada, la mandíbula desencajada, los ojos casi fuera de las órbitas y los brazos y piernas en máxima elongación. Un pequeño charco de fluidos corporales se formó a su alrededor y amenazó con hacer irrespirable el aire de la habitación.

A pesar de la insoportable escena que se desarrollaba a sus pies, Dippel permanecía tranquilo, como si no le afectase en absoluto. Estaba completamente concentrado. Si se daba cuenta del dolor que estaba infligiendo a la pobre mujer, no lo manifestó en ningún momento.

—*Ine ad me, oci tibi* «Ven a mí, yo te lo ordeno» —exclamó.

Un halo de luz surgió de los ojos de Sofía e impactó contra el pequeño espejo que sostenía el alquimista. La fuerza de la sacudida casi lo derriba. La cara del amo se contrajo por el esfuerzo, pero mantuvo el brazo en alto.

—*Ine ad eropro hoc, oci tibi* —repitió otra vez desde el interior de la garganta.

El alma de la mujer estaba abandonando el cuerpo, pero este no lo estaba poniendo fácil, se agitaba y escupía saliva y sangre por la boca. La crudeza de la escena nos resultaba insoportable.

Al final, tras la extenuante batalla, dejó de moverse: los músculos se destensaron y las extremidades se derrumbaron sobre el suelo. Sofía había dejado de respirar.

El silencio volvió a adueñarse de la habitación. El alquimista sostenía el espejo

en alto, cuyo cristal brillaba. No se movió, se mantuvo con una rodilla en el suelo, erguida la espalda y con los sentidos en alerta.

Se oyó el ruido del agua que fluía sin control, como si se hubiera desbordado una presa. El alma de Sofía se había separado definitivamente del río de la vida; lo que oímos en ese instante, porque no duró mucho tiempo, fue el sonido de su espíritu, un afluente que corría libre de la corriente principal.

Nuestro señor bajó el brazo y miró el espejo que tenía en la mano. Una luz de un azul intenso reverberaba en su interior, llenando el dormitorio con sombras que se movían como las olas del mar. Lo guardó en el interior del abrigo y se levantó con dificultad. Sus labios emitieron un breve quejido de dolor a causa del anquilosamiento de las articulaciones.

Todo había acabado, solo quedaba un cuerpo desnudo y raquítico a sus pies que tapó sin miramientos con las sábanas de la cama. Presa de una repentina prisa, recogió todas sus cosas y las guardó en la bolsa del laboratorio. Echó una última mirada a su alrededor por si se había dejado algo que lo incriminara y salió de la habitación.

Aún no había amanecido, algo que agradeció, habían pasado dos o tres horas a lo sumo desde que entrara en aquella casa. Soplaba un aire frío. Se subió las solapas del abrigo y se encaminó con paso rápido hacia lo alto de la ciudad, sin dejar de mirar en todas direcciones.

Esa noche habíamos sido testigos de dos acontecimientos memorables, la trasmigración de un alma noble y el estado de nerviosismo de nuestro amo. No sabríamos decir cuál nos produjo mayor impacto.

La cabeza le bullía, un plan se estaba cociendo en su interior y el ansia por llevarlo a cabo le hacía acelerar el paso. Nadie se interpuso en su camino, las sombras parecían aliarse con él, incluso no vio a la anciana mendiga cuando embocaba la puerta y la abría y cerraba de un golpe.

Una vez dentro, y sin quitarse el abrigo, se dirigió hacia el laboratorio. Pasó el umbral secreto, dejó la bolsa a un lado y fue directo hacia uno de los cajones de la mesa. Le temblaban las manos y carraspeaba convulsivamente.

A pesar de todos estos signos de alteración, no tardó mucho tiempo en encontrar lo que estaba buscando, una fina aguja enhebrada a un hilo rojo de no más de un palmo de longitud. La colocó sobre el tablero de la mesa, junto al espejo con el alma de Sofía, el cual proyectaba ondulantes sombras sobre el techo y las paredes.

Se quedó mirando los extraños objetos como hipnotizado, y suspiró. Había

prometido a Sofía que la ayudaría, pero la idea que le rondaba por la cabeza desde que accedió al desesperado encargo era demasiado tentadora. Tenía ante sí un alma pura que, aunque transida de dolor por la ausencia traumática de hija y esposo, no estaba rota del todo como los demás vulgares espíritus.

Acarició con los dedos el frío cristal del espejo y percibió el sufrimiento de su antiguo amor. Centenares de pequeños alfileres se clavaron en sus yemas. La descarga hizo que apartara la mano. Aquel suceso doloroso le hizo tomar consciencia de la dimensión de la empresa que tenía por delante. El fracaso estaba casi garantizado y el precio por fallar no era la muerte, era algo peor. Hablamos de ver encadenado su albedrío a la tierra, condenado al mundo caduco en un estado de perpetua nulidad espiritual y decrepitud corporal.

En ese dilema se hallaba inmerso nuestro señor.

Como un cuervo que aletea las alas, se frotó las manos compulsivamente. Con pasos vacilantes, dio un par de vueltas alrededor de la mesa.

—¿Pero qué diablos estoy haciendo? —exclamó crispado y sacó un par de guantes negros de cuero de uno de los cajones.

Con una mano, agarró el resplandeciente espejo y con la otra la aguja enhebrada.

—He estado esperando este momento toda mi vida —dijo a la vez que tocaba con la aguja la superficie del cristal.

La punta penetró en la superficie del espejo, como si de una simple tela se tratara, y se quedó clavada. El hilo rojo que pendía del otro extremo flotó en el aire.

Nuestro señor se desabrochó la camisa con dificultad y consiguió desprenderse de una de las mangas. Una parte del pecho quedó al descubierto. Igual que un tentáculo en busca de su presa, el hilo empezó a moverse de forma descontrolada.

—Aquí tienes mi corazón desnudo. Acepto el monstruo que forma parte de mi ser —gritó al espejo—. Elijo voluntariamente lo que soy, abrazo mi sombra. Soy un todo con ella.

Como única respuesta, el cristal reflejó una niebla ondulante sobre sus pupilas dilatadas por el éxtasis y la rabia.

—Todos los miembros del Consejo son unos hipócritas y unos pusilánimes, ¡acomplejados! En el fondo me envidian…

—¿Me escuchas, mi amor? —preguntó con ansia—. Supongo que no. No importa, en el fondo sabes que tengo razón.

Se calló un instante. Quizás deseara realmente la aprobación de Sofía, o la

necesitara, no estábamos muy seguros; empezaba a estar todo muy nublado. Eso no importaba, pues ella no estaba, al menos no en cuerpo para poder contestar.

—Hacen ver con su «supuesta superioridad moral», que son mejores que yo —bramó—. Pero en el fondo se mueren por conseguir una décima parte de mis logros. Son medio hombres, burócratas de la probeta y el almizcle. ¡Escanciadores de bilis!

El rencor es un detonante muy poderoso que saca la negrura de quien ha callado y esperado su oportunidad para devolver los golpes. Y había tanto circulando por sus venas que, sin darse cuenta, lo había estado matando por dentro. Estaba roto y no era consciente.

—¡Cuervo me llamaban, cuervo negro, a mí!

Volvió a mirar el espejo, asustado, implorando perdón con la mirada.

—Ya lo comprenderás, abrazarás mi sombra y crearemos algo hermoso, tú y yo. Unidos para la eternidad.

Acercó el espejo al pecho hasta que la hebra roja lo tocó. El hilo se introdujo lentamente en la piel hasta desaparecer por completo. La unión se había completado. Tocaba esperar.

Dippel abrió los ojos, algo había fallado en la transformación, sentía un agudo dolor en el costado. Una presión descomunal aplastó sus costillas.

Fruto del sufrimiento que experimentaba, cayó de rodillas y empezó a temblar sin control. Los espasmos se sucedían cada vez en menor intervalo de tiempo y los músculos se tensaban y destensaban muy rápidamente. Ya no podía más, empezó a chillar y a retorcerse por el suelo.

En vano intentó arrancarse el espejo, que brillaba con más fuerza que antes, pero no había manera, estaba firmemente pegado a la carne. Las convulsiones hicieron que voláramos por los aires y que acabáramos debajo de la mesa. Oímos cómo los dientes estallaban y saltaban de la boca bajo la presión ejercida por las mandíbulas.

El amo sollozaba mientras se arrastraba por el suelo. Al final nos encontró y con mucho esfuerzo nos colocó de nuevo.

A trompicones llegó hasta un armario que casi tira por la inercia. Buscó algo entre los centenares de frascos y botes de todas las formas y colores. Intentó leer lo que ponía en las etiquetas, pero solo conseguía balbucear cosas ininteligibles. Un grito gutural nos indicó que al fin lo había localizado. Era un frasco pequeño con un dosificador de tapón, parecido a un colirio. Lo agitó con fuerza y en un gesto de desesperación consiguió abrirlo y echar unas gotas sobre el anverso del espejo. Este se desprendió, deslizándose sobre la piel como una sanguijuela a la

que se le ha aplicado una llama.

Finalmente, cayó al suelo dando un fuerte golpe, pero no se rompió.

En el lugar donde había penetrado el hilo ahora había una mancha negra de la que salía un humo oscuro. Olía a carne quemada.

Cuando hubo recuperado las fuerzas, se tambaleó hasta dejarse caer en un sillón que había frente a la mesa. No dejaba de mirar perturbado el espejo. Meneaba la cabeza y se preguntaba: —¿Por qué?

Qué había fallado, no lo acababa de entender. Lo tenía todo: el conocimiento, el instrumental, el alma pura y el cuerpo vivo.

—Mi cuerpo... —susurró desorientado. Algo andaba mal en él. —Pero, ¿qué? —volvió a preguntarse desquiciado.

Durante un buen rato, estuvo en estado catatónico, con la cabeza apoyada en las manos, hasta que, harto de todo, decidió abandonar el laboratorio. Eso sí, rodeó el espejo como quien rodea arenas movedizas. Este permanecía boca abajo en el suelo y no emitía luz alguna.

—Y vosotros, ¿qué diablos miráis? ¡Dejadme en paz! —increpó a las sombras de la casa.

El busto de Zeus permaneció en silencio por la cuenta que le traía.

Presa de una especie de sensación claustrofóbica, producto de la impotencia y la decepción, el alquimista salió con la intención de que le diera el aire y, de paso, averiguar si ya había trascendido a la opinión pública la muerte de Sofía Leukós.

—No hay poder en la tierra que iguale al poder del amor, maese Dippel —la vieja alcahueta le volvió a sorprender al salir por la puerta—. Por eso nunca conseguirá alcanzar la unión, mi pequeño cuervo alado.

El alquimista no estaba de humor para sus típicas impertinencias y le dio un fuerte golpe con el hombro al pasar a su lado.

—¡Sin amor, no es posible! —le gritó la anciana desde el suelo.

Sus pies le llevaban a la mansión de los Leukós. Creía que si se acercaba lo suficiente, podría enterarse de algo sin ser descubierto. Pensó en dar un rodeo y cruzar por uno de los puentes que conectaban la parte alta de la ciudad con las zonas nobles.

Aunque tantas precauciones eran innecesarias: nadie podría incriminarlo, no le habían visto entrar ni salir de la casa. En estos pensamientos estaba sumido cuando un grupo de personas, que rodeaban un bulto en el suelo, le hizo volver a la realidad. Estaban en mitad del puente y no le dejaban pasar.

Al acercarse a ellos, vio lo que parecía ser una persona tumbada en el suelo boca arriba. Era una mujer vestida con la ropa gris de las criadas, llevaba una

cuerda alrededor del cuello y su rostro estaba mortalmente pálido.

Enseguida la reconoció. Era Olivia, la asistente de Sofía. Se había ahorcado. Ya no era prudente acercarse a los barrios de la nobleza. Dio media vuelta con disimulo y volvió sobre sus pasos.

Una vez dentro de la seguridad de su casa, se sentó en el balancín a meditar.

El incidente que acabábamos de presenciar era sin lugar a dudas una buena noticia. Había muerto la única persona que podía incriminarle con la muerte de Sofía. Ahora solo quedaba esperar hasta que las aguas volvieran a su cauce, eso significaba no exponerse en público; es decir, dejar de coleccionar almas rotas.

En cuanto a la de Sofía, no estaba seguro de su paradero exactamente. Todavía no sabía qué había salido mal en el proceso, aunque intuía que tenía que ver con los lazos que los unían a ambos; o, mejor dicho, la falta de esos mismos lazos.

Sin saber por qué, las palabras de la vieja resonaron en su cabeza: «¡Sin amor, no es posible!». Se echó la mano al pecho, aún le escocía.

—Menuda tontería, ¿qué tendrá que ver el amor con la alquimia? Deliro como la vieja esa. Seguro que en alguno de mis libros encuentro la respuesta —se decía a sí mismo mientras se frotaba la herida.

Pasaron las semanas sin incidentes ni señales de la corte. Tras un intervalo de inactividad, nuestro amo volvió a sus correrías por los bajos fondos en busca de desgraciados que alimentaran su colección.

Ninguna noticia de la muerte de Sofía había llegado hasta la parte alta de la ciudad; era como si nunca hubiera pasado. Si no llega a ser porque aún conservaba el espejo, dudaría de lo que había visto y hecho esa noche.

Aunque para ser sinceros, sí había cambiado algo.

La anciana de la calle desapareció y nuestro alquimista sufrió una paulatina degradación. Poco a poco, empezó a sentir un placer insano al separar las almas de los cuerpos. Daba la sensación de que disfrutaba con el dolor de esos pobres diablos, pues dilataba la extracción de forma innecesaria. Ante nuestros ojos, se estaba convirtiendo en todo aquello que, una vez, juró dar caza y eliminar de la faz de la tierra.

Por el barrio se extendió el rumor de que la muerte visitaba a los enfermos por la noche y les arrancaba el corazón. Una figura enlutada que asaltaba los tejados y entraba en las alcobas de los desvalidos convalecientes.

Nunca llegaron a detenerlo. Nuestro señor se había convertido en un ser despreciable, pero seguía siendo una de las personalidades más inteligentes del reino.

Un día, al regresar de una de sus correrías nocturnas, olvidó cómo volver a su propia casa. Estaba completamente desorientado, sin saber a dónde ir, y empezó a deambular por las calles sin rumbo fijo.

Caminaba por las calles, cada vez más hundido y doblado. Había dejado de comer, de hablar, solo respiraba. Tenía la piel pegada al cuerpo, traslúcida, parecía un espectro que se arrastraba por la tierra. Su mirada era turbia, como la de un animal. Estaba en los últimos estadios del abandono. Era una cáscara vacía sin alma.

Lo último que le oímos decir, con dificultad y arrastrando las palabras, fue un fragmento de un antiguo poema:

Tú, que sigues el Sol con la mirada
y conoces los cráteres de la Luna,
respóndeme a esta pregunta:
¿Por qué mi noche es tan oscura,
si brillan por ti tantas estrellas en el cielo?

Un día nos dejó sobre un banco cochambroso de un oscuro callejón.

No lo volvimos a ver; tal vez siga por ahí, condenado a vagar sin descanso.

Nosotros, en cambio, mejoramos ostensiblemente. El nuevo amo, un modesto relojero, nos trata bien, con respeto. El futuro a través de otros ojos ya no es tan negro.

Nos vemos en otro mundo, en otro tiempo; pero eso sí, junto a una buena hoguera.